Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Mueble 7
Casilla 51

REPUBLICA ARGENTINA

# Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

G U E R R A
E U R O P E A

Expediente 642 Año 1945

ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI

GUERRA 642/1945

FORM. 64

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

# INDICE

FORM. 149

| FOLIO | FECHA | N.° | PROCEDENCIA | OBJETO |
|---|---|---|---|---|
| | | | | |

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

# INDICE

FORM. 149

| FOLIO | FECHA | N.° | PROCEDENCIA | OBJETO |
|---|---|---|---|---|
| | | | | |

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI -- II

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

En 1940 el mariscal del Bono le dijo al mariscal Graziani que las defensas de la isla de Sicilia no eran suficientemente seguras, pero que la moral de las tropas era excelente. En su informe decía que "todos, sin excepción, manifiestan gran ansia por luchar". Lo primero que se hizo fué entregar el mando de esa isla al general Ambrossio. Y éste, más tarde, en su prisa por escabullirse, dejó en la isla su Diario personal. Allí encontramos algo: la primera referencia a la traición futura. En una nota fechada el 16 de noviembre de 1942, dice: "El Duce sufre mucho a consecuencia de su enfermedad". Y luego, el 14 de diciembre, apunta: "Visita a Bonomi y Badoglio, concerniente a la propuesta. La abdicación de Su Majestad y del Príncipe. Cuestión Armamentos. Cavallero". (Probablemente se trataba del general Hugo Cavallero, que fué jefe del Estado Mayor). Este fué el primer indicio del golpe de Estado que darían más tarde. A pesar de su enfermedad, Mussolini se dedicó personalmente a la preparación militar de Sicilia. Luego, y después de una inspección de cuatro días en Cerdeña, Ambrossio le dijo a Mussolini que la isla necesitaba más cañones para dominar los sitios en que eran posibles los desembarcos.

Ambrossio concluyó diciendo que un ataque contra Cerdeña era menos probable que una invasión a Sicilia. La conquista de Sicilia no implicaba operaciones ulteriores contra la península italiana. Ambrossio informó que eso podría, también, ser en sí mismo un fin, que daría al enemigo mayor seguridad de movimiento, aliviando la carga que pesaba sobre sus fuerzas navales. Ya hacia fines de junio fueron acumulándose los indicios que daban como seguro un desembarco aliado en Sicilia durante la primera mitad del próximo mes de julio. En la isla se hallaban unos 300.000 soldados italianos y alemanes y existía en ella un sistema de fortificaciones en profundidad. Disponían de no menos de 1500 cañones. En efecto: teníamos de todo y en suficiente cantidad para hacer que cualquier desembarco enemigo se convirtiera en una empresa muy difícil. Y si las cosas se ponían muy mal, siempre podríamos retirarnos a los montes para continuar la resistencia.

A comienzos de junio se encomendó el mando de la isla de Sicilia al general Guzzoni. En su primer informe, transmitido por telegrama, ese jefe señalaba las numerosas deficiencias que había descubierto, incluyendo entre ellas el estado de la moral de la tropa. Más tarde llegó una información más detallada describiendo la difícil situación que encontró Guzzoni, no obstante los tres años de preparativos. Entre otras cosas, existía una proclama de su predecesor, el general Mario Roatta, la cual constituía un insulto al patriotismo de los sicilianos. Las condiciones imperantes en la isla eran pésimas, hallándose ciudades arrasadas por los bombardeos, mientras sus habitantes vagaban hambrientos. En todas partes la vida estaba totalmente desorganizada.

Se inició el ataque aliado en la noche del sábado 9 de julio. Al día siguiente la ciudad de Roma se hallaba inundada de rumores, todos ellos tan optimistas que inducen a la suposición de que formaban parte de una maniobra derrotista. Ya tarde, en las últimas horas de la noche del domingo, decíase que se había reconquistado a Augusta, y que después de haber sufrido el embate de un fuerte contraataque, los aliados habían cubierto con una espesa niebla artificial al puerto de Gera. Esto daba la impresión de que estarían a punto de volver a embarcarse. El boletín No. 1143 parecía confirmar este rumor, pues anunciaba que "tropas italianas y alemanas habían contraatacado con gran decisión y que lograron derrotar al enemigo en varios puntos, obligándolo, en uno de los sectores, a retirarse". Antes de hacer público este boletín, Mussolini quiso moderarlo un poco en sus términos: Creyó que se lo había redactado en una forma demasiado categórica, pero se publicó tal cual estaba y ello dió lugar a que se exteriorizara una gran ola de entusiasmo en toda Italia. Es que todos pensaban que aquello podía constituir el preludio de la victoria. El siguiente comunicado informaba que los aliados se habían abierto paso por la zona costera y que irrumpían en las llanuras de Sicilia. Esta noticia fué recibida con extrañeza y amargura. El sistema nervioso del pueblo italiano es más fuerte de lo que se supone generalmente, pero se lo había sometido a una prueba muy dura. A los cinco días, ya parecía segura la conquista de toda Sicilia por los aliados. La ocupación de Augusta y Siracusa, casi sin atacar; la rápida marcha sobre Palermo y Catania, y la inapropiada resistencia de los ítalo-alemanes, todo eso era algo que tenía cierto aspecto misterioso.

Primeramente empezaron a circular los rumores de traición. El general alemán Rintelen le enseñó a Mussolini, en la noche del 12 de julio, un mensaje enviado desde un sector alemán del frente. "No se verificó ningún ataque enemigo contra Augusta. Los británicos nunca estuvieron allí. A pesar de ello, la guarnición italiana voló sus cañones y municiones, mientras los equipos antiaéreos de Augusta y Periolo tiraban todas sus municiones al mar y volaban sus cañones. Gran número de oficiales ya han desertado, abandonando a sus tropas. Los soldados se pasean por los campos y algunos ya arrojaron sus armas y se han vestido de paisano".

El caso de Augusta, ciudad que se negó a defenderse, y la tragedia de algunas divisiones que se suprimieron por sí solas, pueden ser relacionados con la organización del comando superior. Todo el mundo parecía sorprendido por la débil resistencia ofrecida. Pero entre la masa de las opiniones opuestas surgía una que era unánime: que los alemanes luchaban en todas partes con gran valor. Casi con seguridad, a la crisis militar seguiría la crisis política. Por lo tanto, era natural que la monarquía italiana y sus cómplices trataran, en la derrota, de salvarse y suprimir al fascismo. Cuando Mussolini y sus "camisas negras" marcharon sobre Roma en octubre de 1923, el futuro Duce cometió un ligero error. En vez de desfilar frente al Palacio Real, debió entrar en él. Y la razón para que no lo hiciera fué que no lo juzgaba necesario. Pues ¿qué necesidad había de atacar a la monarquía, cuando el Rey, en lugar de cerrar las puertas, las abría de par en par? Así fué como la monarquía subsistió, pero el fascismo creó sus propias instituciones, tales como el gran consejo y la milicia fascista. De este modo empezó la dinastía. A su cabeza se hallaban el Rey y el Duce. Cuando las tropas saludaban, lo hacían dos veces. En efecto, llegó un momento en que el general Federico Baistrocchi dió libre curso a su exuberancia y ordenó que el "doble saludo" se hiciera tres veces. Mussolini tuvo que pedirle que no introdujera letanías en el ejército. Existían dos himnos nacionales: el fascista "Giovinezza" y la Marcha Real de Galetti. Si ambos tuvieran que tocarse en toda su extensión, esa música ensordecedora seguiría y seguiría hasta que la banda y el público se agotasen. Por ese motivo se llegó a un acuerdo entre el Rey y Mussolini: que sólo se ejecutara la primera estrofa de cada uno. El ejército era más leal al Rey, pero la milicia obedecía sobre todo a Mussolini. El Rey tenía su guardia de carabineros y Mussolini creó un día su propia guardia de corps: los mosqueteros del Duce.

El fascismo organizó su propia policía secreta: la OVRA. Pero la dinastía tenía también a su servicio a funcionarios pensionados, diplomáticos y miembros de las familias reales, que fueran tan poderosas y que ahora estaban reducidas a gusanos. El Estado Mayor, y sobre todo la casta real, apoyaban al Rey. La masonería y los judíos miraban al Rey como a un "germano honorario". El revuelo que provocó el primer choque serio entre el Rey y Mussolini fué lo que dió por resultado la creación del gran consejo como cuerpo supremo, con derecho a resolver la sucesión del trono. Esto también causó un gran revuelo en los círculos diplomáticos y se insinuó que Mussolini tenía la intención de impedir la sucesión del príncipe heredero Humberto. Pero aquel era un buen año. A pesar del anticlericalismo del Rey y de sus recelos contra el Vaticano, estampó su firma en el Concordato con el Papa Pío XI. Fué en esa ocasión cuando el Rey le dijo a Mussolini: "Verdaderamente, no sé cómo expresarle a usted públicamente mi gratitud. Lo que usted acaba de conseguir es excelente. Tal vez con un título...". Pero Mussolini le interrumpió: "Un título sólo conseguiría colocarme en ridículo. Ya no me atrevería jamás a mirarme al espejo. Cada uno tiene que vivir a su manera".

Las relaciones entre Mussolini y el Rey fueron siempre cordiales, pero nunca amistosas. Siempre había algo entre los dos que impedía que les uniera una absoluta confianza. Algunas veces ocurría que la causa era el problema de "mantener al día el problema del Estado". Otras, algún detalle al recurrir al procedimiento del ceremonial. Esta crisis alcanzó su punto culminante durante la visita del Fuehrer a Roma. Incluso Hitler se dió cuenta de que la reina Elena se inclinó cuando pasaban las banderas del ejército, mientras pretendía ignorar las banderas de la milicia fascista.

*(Continuará)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

642

LA NACION — Viernes 20 de julio de 1945

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI -- III

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

Durante la guerra de Etiopía y la de España, el Rey se mostró siempre vacilante, como si se dejara arrastrar en pos de Mussolini. Pero en junio de 1940 no sólo no opuso reparo alguno, sino que consideró la guerra contra Francia y Gran Bretaña como una decisión necesaria. Y a medida que la guerra se desarrollaba, iba cambiando de actitud.

La crisis más grave surgió a propósito de un decreto por el que simultáneamente se nombraba al Rey y a Mussolini primeros mariscales del Imperio. El Rey se negó a firmar dicho decreto, y en ese momento estaba verde de cólera. Le temblaba el mentón cuando exclamó:

—¡Este decreto sobrepasa a todos los demás! Una crisis interna es inminente. De otro modo, abdicaría antes de tener que sufrir tal insulto. Con mucho gusto me arrancaría estos nuevos galones.

Y al hablar así, echó una mala mirada a la nueva insignia de mariscal que lucía en su manga. Mussolini se quedó sorprendido ante ese estallido de la ira real y pidió la opinión de una autoridad en materia legal: la del profesor Santos Romano, para informarse acerca del aspecto constitucional de aquel decreto. Pero cuando el memorándum le fué presentado al Rey, éste volvió a ponerse furioso. Fué en esa ocasión cuando Su Majestad dijo:

—Este Mussolini, cuando se trata de los derechos constitucionales, siempre encuentra argumentos para justificar sus teorías. Allá ellos. Yo mantengo mi opinión. Este debe ser el último de sus insultos dirigidos a la Corona.

Desde ese momento Víctor Manuel juró que tendría su venganza. Sólo esperaba la hora propicia. Y en junio de 1943 eligió el momento que consideró más prometedor para el ataque. En ese ataque se nota todo su egoísmo, pues fué guiado únicamente por el instinto de alta conservación. Para él, la guerra y demás cosas de la Nación tenían muy poca importancia. La revolución fascista se había detenido ante el Trono. Sin embargo, ahora era el Rey quien formaba el centro de esa conspiración contra el fascismo, porque creía que si el fascismo lograba la victoria en esta guerra, sus consecuencias harían que disminuyeran aún más el prestigio y la importancia del Trono. Estuvo esperando durante 20 años el momento propicio.

(A continuación, Mussolini se extiende prolijamente en un ataque contra el mariscal Pietro Badoglio, a quien califica de "traidor y más que traidor". Aquí, la mayoría de sus notas tratan sobre política interior.)

El lunes 19 de junio de 1943 Mussolini se trasladó a Trevisso por vía aérea para verse con el Führer y el mariscal von Keitel. En el curso de la entrevista llamó la atención una cordialidad casi insólita en Hitler, mientras que la actitud de su séquito no era tan obsequiosa. Hitler debía regresar a Alemania esa misma tarde y por tal motivo Mussolini y sus acompañantes subieron al convoy en que el Führer haría parte del tramo final del viaje hasta Villa Gaggia.

Después de viajar una hora en el tren, tuvieron otra hora de automóvil. La villa se hallaba en un hermoso parque y la casa constituía, con su avenida, una especie de juego de palabras cruzadas esculpido en piedra. Al parecer, su aspecto había impresionado a todos los presentes. El Führer empezó a hablar a las 11 de la mañana y dijo que había mandado refuerzos a través de Italia y en dirección al Sur. En su perorata recalcó la importancia de mantener el más absoluto control sobre aquellos territorios que fueran productores de materias primas. Con respecto a la batalla de Sicilia, prometió que se enviarían a esa isla los barcos, hombres y abastecimientos que se necesitaran. La reunión no se había prolongado todavía media hora, cuando entró en la sala un oficial con la cara muy pálida. Se disculpó e inmediatamente le anunció a Mussolini:

—En este mismo momento la ciudad de Roma es objeto de un violento bombardeo aéreo.

Esta noticia, que Mussolini comunicó en voz alta a todos los presentes, causó bien comprensible impresión. El Führer siguió luego su conversación, pero las malas noticias sobre Roma continuaban llegando. Terminó la entrevista y durante el viaje de regreso a Trevisso, en automóvil y en tren, durante una conversación privada que mantuvieron Hitler y Mussolini, este último hizo hincapié en la necesidad absoluta de ayudar a Italia. Al despedirse, el Duce le dijo a su aliado:

—No olvidemos que estamos luchando por una causa común.

El avión que llevaba al Führer despegó de Trevisso una media hora antes que el de Mussolini. En el viaje de regreso a Roma se podía divisar a la Ciudad Eterna envuelta en negros nubarrones de espeso humo, que se elevaba de centenares de vagones incendiados en la estación de Littorio.

Había sido destruida una fábrica de aviones. No nos era posible aterrizar en el aeródromo de Littorio porque había sido seriamente dañado. Volando sobre Roma hacia el aeropuerto de Centocelle, se notaba claramente que el ataque había sido de gran magnitud. Después de aterrizar, Mussolini se dirigió directamente a su residencia de la villa Torlonia. Aquí se desvaneció otra ilusión: la de que Roma, ciudad sagrada, jamás sería bombardeada.

Durante ese bombardeo brutal de tres horas murieron centenares de personas y quedaron destruídas manzanas enteras de casas. También murieron aquellos que esperaban que el Vaticano fuera siempre el mejor refugio antiaéreo del mundo. Y esto, a pesar de las garantías que el presidente Roosevelt había dado al Papa, por intermedio de su enviado especial, Myron Taylor.

Cuando el Rey se dirigió personalmente a las zonas bombardeadas no fué apedreado, como se dijo equivocadamente. La muchedumbre presenciaba su visita, pero con una hostilidad quieta. Mussolini fué a ver los estragos causados en el aeródromo de Littorio, donde hubo manifestaciones de simpatía a su favor.

El miércoles 21 de junio Mussolini se presentó ante el Rey para informarle sobre su entrevista con Hitler. Como ya se ha dicho, Mussolini encontró al Rey en un estado de gran nerviosidad. Al verlo, Su Majestad murmuró:

—Estamos pasando por una mala situación que no puede continuar por más tiempo. Hemos perdido Sicilia, y los alemanes nos harán una mala jugada. No existe ya disciplina entre la tropa. Se dan a la fuga en todas partes y a eso lo llaman repliegue. El viejo cuento respecto a la Ciudad Sagrada ha terminado.

Esto es, en resumen, lo que dijo el Rey en la que debía ser la última de una larga serie de conversaciones mantenidas entre él y Mussolini. Desde el mes de noviembre de 1922, Mussolini iba dos veces por semana al Palacio del Quirinal. Cuando las circunstancias lo imponían, se verificaban otras conversaciones. El Rey y Mussolini se encontraban diariamente durante las maniobras militares. Sólo una vez invitó el Rey a Mussolini a su casa de campo, situada cerca de San Rossore. Sólo una vez lo invitó a la Villa Ada, su residencia en Roma, y no para comer, sino después de la comida. El motivo era la presentación de una película sobre el viaje del Rey a la Somalia.

El Rey fué una vez invitado de Mussolini, y esto ocurrió inmediatamente después de la conquista de Etiopía, en la casa de campo de Mussolini, cerca de Rocca delle Caminate. El bombardeo a Roma causó una crisis que amenazaba a todo el régimen fascista.

*(Continuará)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI -- IV

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

Era difícil apreciar la situación durante la campaña de Sicilia. Carecíamos de comunicaciones y se estaba combatiendo continuamente. No obstante, el 14 de julio de 1943 Mussolini enviaba la siguiente nota al cuartel general:

"Cuatro días después de haberse producido el desembarco enemigo en Sicilia, considero la situación extremadamente delicada e inquietante. Sin embargo, aun no ha llegado a ser comprometida. La cuestión es saber dónde estamos".

Después de enumerar los acontecimientos ocurridos hasta aquella fecha, la nota declaraba:

"Todos los informes publicados por el enemigo, que dice la verdad cuando afirma que está triunfando, nos obligan a repasar los acontecimientos. Y tenemos que preguntarnos:

"1o.—¿Supo resistir la división costera el necesario período mínimo?

"2o.—¿Resistieron lo suficiente los centros principales? Las bajas enemigas han sido absolutamente insignificantes, mientras que los italianos han perdido no menos de 12.000 prisioneros.

"3o.—¿Qué ha pasado en Siracusa, donde el enemigo encontró indemnes las instalaciones portuarias, y qué pasó en Augusta, donde no ha habido resistencia digna de ese nombre? Se ha anunciado que el enemigo ocupó esta base cuando en realidad nunca la pisaron sus tropas.

"4o.—¿Fueron realizadas con la precisión necesaria las maniobras de las divisiones Goering, Livorno y Nápoles? ¿Qué ha pasado con las divisiones Nápoles y Livorno?

"5o.—¿Se ha organizado alguna defensa del estrecho de Sicilia, en vista de que se desarrolla un ataque en esa dirección?

"6o.—¿Existe alguna voluntad para la resistencia y alguna evidencia de una reorganización de las líneas en alguna parte de la zona norte, tal como ha sido previsto en los planes del cuartel general?

7o.—Las dos divisiones que aun quedan, la Assietta y la Aosta, ¿se hallan en condiciones de llevar a efecto su tarea?

"8o.—¿Se han tomado o se están tomando medidas para imponer orden en medio del caos militar y civil que reina en Sicilia, y que se ha agravado como consecuencia de los bombardeos aéreos?".

El 18 de julio el Duce telegrafiaba a Hitler esto otro: "El enemigo ha abierto el segundo frente en Italia. Ha concentrado aquí una gran masa de armas ofensivas y tropas de los Estados Unidos y de Gran Bretaña, no solamente para aplastar a Italia, sino también para abrirse paso hacia los Balcanes, y ello en un momento en que Alemania está luchando violentamente en el frente ruso".

El primer testigo de los acontecimientos de Sicilia que llegó a Roma fué un miembro del Ministerio de Cultura Popular, que informó como sigue:

"El sentimiento de los italianos hacia la guerra refleja resignación frente a los ataques aéreos, confiando en el resultado final. No hay un solo siciliano que no haya asegurado que todos los desembarcos serían rechazados en un segundo. Mas esto cambió, pues el decreto de emergencia revelaba la falta de preparativos para que pudiese continuar la actividad civil. La ciudad de Palermo se quedó sin pan porque los panaderos no podían abastecer a la ciudad: todos los medios de transporte, fueron detenidos por orden superior. Al llegar a Mesina encontré la ciudad casi destruída. El puerto hallábase convertido en una gran llamarada y la moral estaba extremadamente baja. Me llegaba, así, de pronto, una sensación de desastre. Nadie abrigaba ni aun la más leve confianza. Los aviones enemigos reanudaron sus bombardeos en pleno día. Nosotros atacamos, esperando llegar a las líneas alemanas. Veíamos cómo se esfumaba ante nuestros ojos la ciudad de Mesina. Nuestro fuego antiaéreo era intenso, pero mal dirigido. No podíamos avanzar ni retroceder. Grupos de soldados y marinos en harapos corrían sin rumbo. Cuando llegué a la península presencié las escenas más penosas. Un gentío de paisanos y una muchedumbre de militares luchaban para subir a los pocos trenes disponibles. Los oficiales estaban agotados por el cansancio y el hambre".

Una crisis política se juntaba a la crisis militar. Antes de la invasión de Sicilia habíanse dado órdenes para que se celebrase una serie de mitines regionales, durante los cuales harían uso de la palabra destacadas personalidades del Partido Fascista. El conde Dino Grandi se negó a hablar y rechazó todas las solicitudes a ese respecto. El secretario del Partido Fascista deseaba hacer pública su acción de desobediencia, pero más tarde pensó que no valía la pena crear "un affaire grande". La deserción de Grandi era significativa. ¿Quién se hubiera atrevido a dudar del fascismo de Grandi? Había algunos que lo hacían, pero nadie les prestaba crédito. Después de ocupar durante tantos años la cartera del Ministerio de Relaciones Exteriores se le reemplazó. ¿Por qué? Porque frecuentando asiduamente Ginebra absorbió la atmósfera de ese centro pérfido. Había visitado varias capitales y se le tenía por hombre de tendencias democráticas. Era conservador en cuanto a la política exterior del fascismo. La política de Grandi y la de Mussolini discreparon después del fracaso del pacto de las Cuatro Potencias. Fué relevado de su cargo y enviado a Londres como embajador. Desde ese momento aumentó considerablemente la importancia de la Embajada en la capital británica. Grandi logró ocultar su sentir, y lo hizo en forma excelente. Sus documentos políticos no suscitaban reparo alguno y en sus discursos no se advertía espíritu de crítica. Siempre estaba lleno de elogios para todos. A su regreso de Londres, donde disfrutó de cierto respeto en algunos círculos, fué nombrado ministro de Justicia.

Grandi dedicó considerable tiempo a sus nuevas tareas, y escribió un libro al que se proponía llamar "Código Mussoliniano".

Después de una reunión en la Cámara, en 1942, una señora le escribió esto a Mussolini: "Tiene usted dos o tres hombres que conspiran contra usted. He seguido la sesión de ayer desde la galería. La actitud de Grandi era inescrutable. Se notaba que su aplauso después del discurso que usted pronunció era una simple cuestión de fórmula. Y es que pasó demasiado tiempo en Londres. Lo conozco bien y sé lo que le digo a usted: no se fíe de él".

En la noche del 18 de julio, cuando Sforza habló por radio, Grandi le dirigió desde Bolonia un mensaje de felicitación. Luciendo su camisa negra, Grandi se hallaba con Sforza entre los que escuchaban el discurso de Mussolini, pronunciado desde el balcón del palacio de la Piazza Venezia. Fué el último discurso pronunciado por Mussolini desde allí. Un gran gentío llenaba la plaza para escuchar las pocas palabras que le dirigió Mussolini. Su espíritu manifestaba entusiasmo, mas hay que añadir que era "un entusiasmo moderado por las preocupaciones". Desde luego, se abandonaron los mitines regionales, después de la invasión de Sicilia. Pero Sforza le pidió a Mussolini que recibiese a alguno de los hombres que debieron haber hablado. Esta reunión, a la que asistieron Sforza, Farinacci, el mariscal de Bono, Giuriatti, el general Turuzzi, Giuseppe Bottai, Giacomo Acerbo y Dedicco, fué, en realidad, una sesión tormentosa. Pidieron unánimemente que Mussolini convocara a una reunión del Gran Consejo Fascista con el fin de considerar las noticias relativas a la situación, y que por lo general no se podían divulgar. Y Mussolini accedió a convocar tal reunión.

*(Continuará)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

LA NACION 21 julio 1945.
Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI -- V

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

Cuando se conoció la decisión del Duce de convocar al Gran Consejo, aumentó la tensión en los círculos fascistas.

Cada cual se preguntaba: "¿Qué decidirá el Gran Consejo? ¿Será la paz o la prosecución de la guerra?"

Cundían entre los derrotistas el cansancio y el espíritu de capitulación. Este espíritu fué nutrido constantemente por las noticias que llegaban del frente.

El miércoles 21 de julio de 1943, Scorza, secretario del Partido Fascista, le enseñó a Mussolini a las 12 una orden del día que Grandi y otros pensaban someter al Consejo en la reunión del día siguiente. Aquél la leyó y la devolvió. Dijo que era intolerable. Era cobarde y miserable.

En aquella oportunidad, Scorza habló en forma ambigua de algo "muy sensacional" que podría ocurrir. Por la tarde Mussolini recibió a Grandi, quien le presentó un informe sobre el Comité de No Intervención en la Guerra Civil Española. No le anunció los acontecimientos que se perfilaban en ese momento.

Durante el jueves y el viernes hubo muchas idas y venidas en el cuartel general de la Piazza Colonna. En esta oportunidad, Grandi propuso que no se celebraran las reuniones del Gran Consejo. Mussolini contestó que, bien o mal, se había fijado la fecha y enviado las invitaciones. Había que aclarar la situación. Aumentaba la tensión nerviosa.

En la tarde del 24 de julio, Roma se puso pálida. Como los hombres, las ciudades tienen una cara que refleja su pensamiento. Cuando los autos ocupados por los miembros del Gran Consejo llegaban al patio, los mosqueteros recibieron una orden que les daba el día franco.

La reunión fué convocada para las cinco de la tarde, en vez de las diez de la noche, como era costumbre. Todos los miembros vestían camisas negras. La sesión se inició puntualmente y Mussolini ordenó a Scorza que pasara lista. Todos estaban presentes.

Mussolini comenzó el informe con ayuda de una carpeta repleta de documentos. Anunció que la guerra había alcanzado una fase extremadamente crítica.

"La verdadera guerra —dijo— empezó con la pérdida de Pantellería. Actualmente, todas las fuerzas oficiales y no oficiales, clandestinas y otras, hostiles al régimen, están concentrando sus esfuerzos. Existen síntomas de desmoralización incluso entre los fascistas, particularmente entre los elementos burgueses, que ven sus posiciones amenazadas. Soy, sin duda, el hombre más odiado de Italia, lo que es perfectamente lógico por parte de las masas ignorantes, en vista de sus sufrimientos". (Mussolini subrayó este párrafo en el original.)

"Dejadme que diga de una vez para siempre que nunca he pedido el mando de las fuerzas armadas. El Rey me lo entregó en junio de 1940 por iniciativa propia. Esto se produjo a causa del mariscal Badoglio. He aquí una carta de Badoglio, No. 5372, dirigida al Duce. Dice lo siguiente:

"Después de la primera guerra nos "dimos cuenta, por primera vez, de "la necesidad de un solo mando para "todas las fuerzas armadas y se creó "el cargo de general en jefe del Estado Mayor General. Su actividad "estaba prevista para los tiempos de "paz. Es necesario decir cuáles serán "sus funciones en tiempo de guerra."

"Badoglio veía una solución de tipo alemán para ese problema, ya que de ese modo mantendría su puesto de general en jefe del Estado Mayor General, con sus importantísimas funciones. Su carta terminaba así:

"Siempre he considerado mi deber "hablar francamente con usted, Duce. "No es ciertamente por formalidad "por lo que tomo esta medida, sino "por un justificable deseo de proteger "el renombre que he ganado en las "guerras de Libia y Etiopía. Si hay "algo que me llena de orgullo es que "siempre lo he servido fielmente, Duce, con devoción sin límites."

"En una carta que circuló cuatro días antes de la declaración de guerra, Badoglio expuso a todos los comandantes, gobernadores de colonias y otros altos funcionarios lo que serían las funciones específicas del Duce como Comandante en Jefe. Esa carta terminaba con instrucciones para una "devoción absoluta y una obediencia "al Duce, como función íntima del "pensamiento y acción de todos, de "acuerdo con la costumbre fascista y "el espíritu fascista."

Sin embargo, Mussolini no dirigió operaciones militares, con excepción de una. Substituyó a Cavallero en ausencia de este último. Eso ocurrió el 15 de junio de 1942. La oportunidad se presentó en el curso de una batalla aeronaval en aguas adyacentes a Pantellería.

Los oficiales de la séptima división naval y el almirante Ricardi, jefe del Estado Mayor naval, han reconocido que esa victoria la logró Mussolini. Fué la primera batalla en que Gran Bretaña notó "la Carta de la Loba".

En octubre de 1942 Mussolini se hallaba enfermo y pensó dejar el mando supremo. Pero no quiso abandonar el timón mientras durase la tormenta. Quería esperar el día de radiante sol que aun se pensaba llegaría.

En ciertos sectores se ha discutido la ayuda otorgada por los alemanes. Tenemos que reconocer que Alemania se ofreció generosamente y en espíritu de solidaridad. Los abastecimientos alemanes y las materias primas recibidas durante 1940, 1941, 1942 y la primera mitad de 1943 alcanzan a 40.000.000 de toneladas de carbón, 2.500.000 toneladas de metales, 22.000 toneladas de caucho, 220.000 toneladas de gasolina para aviación, 421 toneladas de parafina y pequeñas cantidades de níquel y algunos otros metales de primera necesidad. Después de los fuertes bombardeos de Milán, Génova y Turín en 1940, pedimos al Fuehrer que nos ayudara con baterías antiaéreas. El 1o. de abril de 1943 los cañones alemanes en Italia pasaban apenas el millar. Pensamos que Alemania no nos dió ayuda suficiente.

Otro argumento de los capituladores es que esta guerra no es popular. Ahora bien, ninguna guerra ha sido popular. El pueblo italiano fué llevado a la de 1914 por una minoría de tres ciudades. El país estaba dividido, creando D'Anunzio y Mussolini un movimiento de intervención. Esta división no terminó ni siquiera después de Caporetto.

Francamente, nos parece que la anterior guerra fué aún menos popular que la presente. El hecho es que ninguna guerra es popular al principio. Si la guerra se desarrolla mal, aumenta su impopularidad. La de Etiopía no fué popular hasta sus primeras victorias. No debemos dejarnos influir por las oscilaciones psicológicas de las masas. Aun si las oscilaciones son tan grandes como las presentes.

La masa del pueblo es disciplinada y esto es lo más importante. La guerra es la guerra del partido. Las guerras han sido siempre guerras de los hombres que la declararon. Hoy es la guerra de Mussolini. Este es el momento de cerrar filas y hacer frente a nuestras responsabilidades. En 1917 perdimos ciertos territorios y nadie habló de rendirse. Al contrario, la gente hablaba de seguir al Gobierno a Sicilia, si ello era necesario.

Hoy habría que demostrar que si fuera inevitable, podríamos gobernar a Italia desde el valle del Po.

La discusión la inició luego el mariscal de Bono, que defendió al ejército contra la acusación de que estaba saboteando la guerra.

*(Continuará el martes)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI -- VI

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

El conde Cesare de Vecchi, que unos días antes de reunirse el Gran Consejo intrigó con el fin de obtener el mando de una división de costa, no se adhirió a lo dicho por el mariscal de Bono al comenzar la sesión de ese cuerpo. Afirmó que numerosos altos jefes del ejército se hallaban cansados y contagiados por el derrotismo cundiente. Dijo que su actitud ejercía un mal efecto sobre la tropa.

Luego habló el conde Grandi. Profirió una violenta filípica. Era el discurso de un hombre que por fin podía exteriorizar su odio, acumulado durante largo tiempo, y en cuyo pecho había nacido la venganza. Criticó con dureza al Partido Fascista, especialmente en la época en que Achille Starace ocupaba la secretaría general. Declaró también que había sufrido un gran desengaño con Scorza como secretario general.

En esa ocasión dijo Grandi: "En el orden del día se tiene como objeto constituir un frente nacional interior que no existe en el momento actual. No existe porque no se deja desempeñar a la Corona un papel importante. Es tiempo de que el Rey salga de su retiro y se enfrente con sus responsabilidades. Después de Caporetto hizo un llamado a la Nación. Hoy se mantiene en silencio. Debe asumir su responsabilidad ante la historia, o rechazarla, demostrando así el fracaso de la dinastía".

El discurso de Grandi causó sensación. Siguió a Grandi el conde Ciano, quien pasó revista a los acontecimientos diplomáticos que llevaron a la guerra. Probaron éstos que Italia no provocó la contienda, y que además hizo todo lo posible por evitarla. Terminó diciendo que estaba en favor de la moción de Grandi.

El general Galbeatti le contestó a Grandi. Tomó luego la palabra Roberto Farinacci, pero su moción nació muerta. A continuación el ministro de Justicia, de Marisco, hizo una de sus acostumbradas exposiciones jurídicas, tratando de averiguar si la moción de Grandi era constitucionalmente correcta. Habló luego Bottai, aprobando la moción de Grandi, pero se le opuso Viggini.

A medianoche propuso Scorza que se aplazara la reunión hasta el día siguiente. Grandi saltó de su asiento y gritó:

—¡No. Hemos empezado y tenemos que terminar esta noche!

El Duce compartió su opinión. Sin embargo, se interrumpió la reunión por un cuarto de hora y Mussolini se retiró a su despacho para leer los últimos cablegramas sobre la guerra. Todo lo que se ha contado respecto a amenazas y golpes ha sido entresacado de novelas policiales. El debate se llevó a cabo con orden y correctamente. Mussolini tuvo que protestar constantemente al elogiarlo los oradores. Cada vez que alguien se levantaba para incensar a Mussolini, éste le interrumpía y le pedía que se detuviese.

Cuando se reanudó la reunión, Bignardi habló sobre el estado del espíritu de las masas. Frattari se extendió respecto al mismo tema. Federssoni habló y dijo que el pueblo no había notado la guerra. Bastianini se refirió a ese mismo asunto y criticó la propaganda de guerra.

Se cambiaron palabras entre Bastianini y Polverelli. Bottai volvió a hablar, presa de creciente excitación, seguido por Gianetti. Después se levantó Scorza y sometió una moción similar a la de Grandi, pero defendió al Partido Fascista contra las acusaciones de Grandi. Atacó al Estado Mayor General y terminó diciendo que el "partido, limpio de toda escoria, podría convertirse en un verdadero frente nacional". Ciano se levantó para declarar que cualquier alusión al Vaticano causaría molestia en el recinto papal.

Durante las dos horas de la más intensa discusión, no ocurrió el menor incidente de carácter personal. Antes de procederse a la votación era fácil determinar la posición del Gran Consejo. Existía un grupo de traidores que ya se había puesto de acuerdo con la Monarquía. Había otro grupo de imbéciles que no conocía la importancia de la votación y probablemente tampoco comprendía la situación. El secretario del partido, Scorza, leyó la moción de Grandi y pidió que se votara levantando las manos. Diez y nueve votaron a favor, siete en contra y dos se abstuvieron. Inmediatamente Mussolini se puso de pie y exclamó: "Habéis provocado una crisis del régimen. Ha terminado la reunión".

Scorza estuvo a punto de invitar a los presentes a que saludasen al Duce, pero Mussolini comprendió la intención e hizo una señal con la mano, diciendo:

—No. Podemos ahorrarnos eso.

Los miembros del Gran Consejo fueron saliendo, desfilando silenciosamente. Eran las 2,40 de la mañana del 25 de junio. El Duce se retiró al despacho, hasta donde lo siguieron los miembros del Gran Consejo que lo apoyaron.

A las tres de la mañana Mussolini salió del Palacio Venezia. Scorza lo acompañó hasta su residencia de Villa Torlonia. Las calles estaban desiertas y el cielo se arrebolaba con las primeras luces del alba. Presentíase que las ruedas del destino estaban dando sus vueltas inevitables. Ruedas de las cuales la mayoría de los hombres son instrumento, sin saberlo. Esa noche, que pasará a la historia, se prolongó durante diez horas una de las más grandes discusiones políticas que haya habido. Todos los interesados hablaron más de una vez.

Es muy probable que la crisis se hubiera planteado sin las discusiones del Gran Consejo. Pero la historia no debe preocuparse de lo que hubiera podido ocurrir. Lo que pasó pasó. Probablemente, la copa estaba ya llena y la reunión fué como la consabida gota que provocó su desbordamiento.

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

*(Continuarán)*

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI - VII

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

Como de costumbre en los últimos 20 años, Mussolini fué a su trabajo el domingo 25 de julio de 1943, a las 9 de la mañana. En las primeras horas del día circularon las noticias más fantásticas respecto al Gran Consejo, pero la ciudad, bañada en un sol radiante, parecía normal y tranquila. El secretario del Partido Fascista, Scorza, telefoneó para anunciar que algunos de los miembros del Consejo "habían consultado su decisión con la almohada, y que varios de ellos querían rectificar su voto". Mussolini contestó: "Demasiado tarde".

Poco después llegó la célebre carta de Cianetti, comunicando su renuncia como ministro de las Corporaciones y pidiendo que se lo movilizase como capitán de artillería. Mussolini no contestó a la carta, pero ésta salvó la vida de su autor durante los juicios de Verona (1).

Grandi desapareció. Albini, subsecretario del Interior, se presentó a las 11 de la mañana con su informe habitual sobre los acontecimientos de las últimas 24 horas.

La nota predominante del día fué un fuerte bombardeo de Bolonia. Mussolini le preguntó a Albini con toda franqueza:

—¿Por qué votó usted anoche contra mí, apoyando la moción de Grandi? Era usted un invitado y no un miembro del Consejo.

El pequeño subsecretario se puso colorado e hizo unas ingenuas declaraciones de lealtad. Se marchó con su cara de verdadero traidor. Más tarde le imploró a Badoglio que le encontrase un "puestecito". Hacía antesalas durante muchas horas y se ofrecía para realizar los servicios más despreciables. Mussolini ordenó a su secretario que llamara al ayudante del Rey, para enterarse del momento en que éste podría recibir al jefe del Gobierno. Añadió que iría vestido de civil. El ayudante real le contestó que el Rey recibiría al Duce a las 5 de la tarde. La entrevista sería en Villa Ada.

Scorza volvió a llamar sugiriendo que se enviase a los consejeros una carta circular diciéndoles que se suponía que, por el momento, continuaría el statu quo. A la una de la tarde se presentó el ministro de Relaciones Exteriores, Bastianini, en compañía del ministro japonés Hidaki. En el curso de una conversación de sesenta minutos, Mussolini le expuso al embajador la situación. Una hora más tarde Mussolini hablaba con el general Galbiati, y fué a visitar el distrito de Tiburtino, en la ciudad, que había sufrido muchísimo a consecuencia del ataque terrorista de la aviación aliada, el 19 de julio (2).

A las 3 de la tarde el Duce se dirigió a su residencia, Villa Torlonia, acompañado por su secretario, para presentarse luego ante el Rey. El Duce se conservaba completamente sereno. Se llevó el texto de la ley aprobada por el Gran Consejo, la carta de Cianetti y otros documentos demostrativos de que la acción del Consejo era indecisa, sobre todo teniendo en cuenta que era una asamblea consultiva y no legislativa. Mussolini pensaba que el Rey le retiraría el mando de las fuerzas armadas, pero, de todos modos, pensaba ponerse a disposición del monarca.

Mussolini entró en la Villa Ada a las 5 de la tarde, en un estado de espíritu que los historiadores considerarán de "extrema candidez". Se dió cuenta de que la guardia de los carabineros del Rey estaba reforzada, pero a eso no le concedió mucha importancia.

El Rey vestía uniforme de mariscal y recibió a Mussolini en la puerta. Mussolini y el Rey entraron al salón. El Rey se mostraba dominado por una gran agitación. Con frases entrecortadas dijo:

—Mi querido Duce: las cosas no pueden seguir así. Italia no está derrotada, pero está rota. La moral del ejército está aniquilada. Los soldados no se hallan dispuestos a seguir luchando. Las tropas, altivas, cantan que no "proseguirán la guerra de Mussolini".

Aquí citó el Rey algunos versos de una canción en dialecto piamontés, y agregó:

—La votación del Gran Consejo ha sido tremenda. Diez y nueve votos a favor de Grandi, cuatro de ellos depositados por condecorados con la orden italiana más alta, la del Collar de la Anunziatta. No puede usted hacerse ahora ilusión alguna sobre el estado de espíritu del pueblo italiano. En este momento es usted el hombre más odiado de Italia. Sólo le queda un amigo, y ese amigo soy yo. No se preocupe por su seguridad personal. Haré lo necesario para su protección. Creo que el mariscal Badoglio es el hombre del momento.

En seguida anunció la formación de un gobierno para "proseguir la guerra". Y añadió:

—Dentro de seis meses, ya veremos. Toda Roma se enteró del voto del Gran Consejo y espera un cambio.

Mussolini respondió:

—La crisis motivará que el pueblo crea que se avecina la paz, puesto que se suprime a la persona que declaró la guerra. Será un triunfo para el equipo Churchill-Stalin. Me doy perfecta cuenta del odio del pueblo. Se lo dije al Gran Consejo. De todos modos, le deseo mucha suerte al hombre que me substituya.

Eran las 5.20 cuando el Rey acompañó a Mussolini hasta la puerta. Estaba muy pálido y parecía más pequeño aun de lo que era en realidad. Estrechó la mano de Mussolini y volvió al interior de la villa.

De pronto avanzó un capitán de los carabineros y le dijo a Mussolini:

—Su Majestad me ha encomendado la misión de proteger la persona de usted.

Mussolini se dirigió hacia su automóvil, pero el capitán le indicó una ambulancia, añadiendo:

—No. Tiene usted que subir ahí.

Mussolini, su secretario, un capitán, un teniente, tres carabineros y dos hombres con traje civil, llevando pesadas ametralladoras, subieron a la ambulancia, la cual se puso en marcha a gran velocidad. Media hora más tarde se detuvo ante un cuartel, y, tras una hora de espera, Mussolini entró en la Escuela de Carabineros. Eran las 7 de la tarde.

El comandante de la Escuela manifestó con gran emoción su simpatía por Mussolini. Este quedóse en el despacho del comandante, bajo vigilancia. Varios oficiales entraron y declararon que era su deber protegerlo. El Duce no había comido aún.

Al dirigirse al lavatorio, acompañado por un oficial, notó que había un gran número de guardias. Por primera vez surgieron dudas en la mente de Mussolini. ¿Era eso una protección o una detención?

A las 11 Mussolini apagó las luces, pero el oficial de guardia, que estaba en la habitación contigua, permanecía despierto. A la una de la madrugada llegó el general Perone con un mensaje de Badoglio. La carta estaba escrita de puño y letra de Badoglio, y decía lo siguiente:

"Al caballero Mussolini: Estas medidas han sido adoptadas para su protección". Luego ofrecía un salvoconducto hacia cualquier localidad que fuera elegida por el Duce.

Desde el momento en que entró en la Escuela de Carabineros, Mussolini se halló aislado del mundo. Pero supo que el Rey había nombrado a Badoglio jefe del Gobierno. Mussolini dictó su contestación a Perone, expresando su lealtad al Rey y pidiendo autorización para volver a su casa de Rocca de la Caminata, en Romagna. Terminó su carta con un "Viva Italia". Ha sido el único mensaje que Mussolini envió a Badoglio, quien nunca se atrevió a publicarlo.

(1) Estos juicios se realizaron cuando el norte de Italia se hallaba aún en poder del Eje. En ellos se juzgó a los hombres que prepararon la caída de Mussolini, y como resultado de tales juicios fué ejecutado el conde Ciano, hijo político del Duce.

(2) Ese día las fuerzas aéreas norteamericanas bombardearon por primera vez a Roma, concentrando sus ataques sobre objetivos militares, especialmente las estaciones ferroviarias.

*(Continuarán)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

LA NACION 25 julio 1945.
Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI - VIII

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

Llegamos ahora a "la comedia de la residencia particular de Mussolini". Los carabineros que resguardaron a Mussolini dijeron que el general Badoglio había convenido en que el Duce se trasladase a su casa de Romagna. Le prometieron que lo llevarían allí inmediatamente, pero eso nunca se produjo. Al sonar las 10 de la segunda noche, llegaron al patio de la Escuela de Carabineros, en camiones, algunos destacamentos de carabineros y policías. Mussolini subió a un automóvil pensando que iría a su Villa de Rocca delle Caminate, en Romagna. Sin embargo, durante el camino uno de los oficiales que lo acompañaban le anunció que se dirigían hacia el Sur. Mussolini recordó que ese hombre había sido un brillante policía del fascismo, y que lo había elevado al grado de general.

Cuando llegaron a Gaeta les salió al encuentro en el camino un hombre que, portando una antorcha, les hacía señales para que se detuviesen. En el muelle, el almirante Maugerie recibió a Mussolini y lo condujo a bordo de la corbeta Persephone, que levó anclas poco antes del amanecer. Horas después la embarcación se detuvo frente a la isla de Ventotene. Luego de hacerse una inspección en tierra y cuando los oficiales anunciaron que la guarnición alemana no tenía habitaciones adecuadas para Mussolini, la corbeta fueran pocas, el general Basso, comandante de Cerdeña, recomendó el traslado de Mussolini al interior de la isla, con lo que su aislamiento sería aún más completo.

Una sola sorpresa vino a romper la monotonía de la vida de Mussolini en Magdalena: la llegada de 24 volúmenes con las obras de Nietzsche, exquisitamente encuadernados. Llevaban el autógrafo del Fuehrer y una dedicatoria. Acompañaba al envío una carta del mariscal de campo von Kesselring (a la sazón comandante en jefe alemán en Italia), que decía:

"Duce: por orden del Fuehrer, y gracias a la amable intervención del mariscal Badoglio, remito a Vuestra Excelencia un regalo del Fuehrer para el día de su cumpleaños. El Fuehrer desea a Vuestra Excelencia que cumpla muchos más. El Fuehrer espera que acepte este presente como un testimonio de su estimación personal".

No había leído aún Mussolini los cuatro primeros volúmenes cuando una noche un avión alemán pasó a poca altura por encima de la casa. Después de este incidente, Mussolini comprendió bien que su traslado de Magdalena sería cuestión de poco tiempo. En efecto, el 27 de agosto un hidroaeroplano de la Cruz Roja lo llevó al lago Bracciano, en las cercanías de Roma.

Como la vez anterior, una ambulancia del Cuerpo de Carabineros esperaba su llegada y pronto se puso en camino con dirección a las montañas Sabinas. El viaje sufrió una interrupción a causa de un ataque aéreo aliado. Mussolini pudo entonces observar la trágica desorganización de la vida civil y militar.

Un pequeño "chalet" situado cerca de la estación del funicular del Gran Sasso fué la nueva morada de Mussolini. Allí se le permitió la lectura de unos ejemplares atrasados de la "Gaceta Oficial".

Un día Mussolini interrogó al inspector Guel, jefe de la guardia.

—¿Puede usted decirme por qué me han traído aquí?

El inspector respondió:

—Porque se lo considera como un criminal vulgar. Mi deber es vigilarlo y evitar su fuga, pero, sobre todo, debo impedir que alguien atente contra su vida.

Un agente de policía que estaba a cargo de seis perros policiales le comunicó a Mussolini la muerte de Muti (*). Concordamos en que se debía vengar la muerte de Muti. Pocos días después se llevó a Mussolini a un hotel situado en la cima del Gran Sasso, a más de 2000 metros de altura. Era la prisión más alta del mundo. Sólo se podía llegar a ella usando el funicular construído durante los años del fascismo. Fué en la cima del Gran Sasso donde terminó el encarcelamiento de Mussolini.

(*) Muti había sido secretario general del Partido Fascista y fué muerto en Roma por el populacho.

*(Continuarán)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

siguió viaje a Ponza, pequeña isla volcánica situada frente a Nápoles, donde fondeó a la una de la tarde del 28 de julio.

Toda la isla sabía, evidentemente, quién era el que había llegado, pues los vecinos empezaron a enviar obsequios a Mussolini, hasta que lo impidió la policía.

Mussolini se hallaba convencido de que se proyectaba la capitulación de Italia y de que sería entregado al enemigo. Los días transcurrieron lentamente. Al Duce se le permitía bañarse en el mar dos veces por día, pero no recibía noticias ni periódicos. Le llegó, eso sí, un telegrama de Goering. Era un mensaje elocuente.

Mussolini pasó en Ponza unos días de soledad perfecta, traduciendo los poetas italianos al alemán. Leyó también algunos libros, entre ellos "La vida de Jesús" de Ricciotti. Solamente los personajes más importantes habían sido encarcelados en Ponza: desde Agripina, la madre de Nerón, que también estuvo allí en su época.

Era la una de la madrugada del 7 de agosto, cuando el sargento de la guardia que custodiaba a Mussolini entró precipitadamente al aposento de éste, gritando:

—¡Hay un peligro inmediato! ¡Debemos partir en seguida!

Mussolini reunió sus contados efectos personales, y acompañado por una escolta, embarcó en un buque de guerra que estaba cerca de la costa, y a bordo del cual se encontró con el almirante Maltori. El buque era el antiguo crucero francés Pantera. El Duce supo entonces que Badoglio había dispuesto el Partido Fascista.

La nave arribó a Magdalena la misma tarde, y allí encontró Mussolini en el comando al almirante Brivonesi. Como Brivonesi había sido objeto de una investigación por parte de las autoridades de la marina real, acusado de haber perdido un importante convoy que iba escoltado por diez navíos de guerra, y ello le valió ser amonestado por Mussolini, no hubo que extrañar que su encuentro con el Duce no fuera nada cordial. A Mussolini lo alojaron en una casa de las afueras del poblado, casa que había sido construída por un inglés llamado Webber, quien tal vez fuera miembro del Servicio Secreto Británico.

Mussolini pasó allí días largos y tediosos, especialmente a causa de que todos los civiles habían sido evacuados desde el bombardeo del pasado mes de mayo, efectuado por buques aliados que misteriosamente llegaron a conocer la ubicación exacta de los objetivos de mayor importancia.

A Mussolini se le dió autorización para escribir. Sus confidencias las recogió un "diario" que más tarde se extravió. Estaba vigilado por una guardia de varios centenares de hombres, y sólo una vez se le permitió que abandonase la casa para que, custodiado, diera un corto paseo por el bosque vecino. No se le permitía enterarse de las noticias, y sólo el 20 de agosto pudo escuchar por primera vez un programa radial de informaciones.

Como si todas estas preocupaciones

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

LA NACION 26 julio 1945.
Guerra 642

LA NACION — Viernes 27 de julio de 1945

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI - IX

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

Es necesario referirse al golpe de Estado antes de relatar los sucesos ocurridos entre el 1º y el 15 de septiembre.

Los preparativos para el golpe de Estado que desalojó a Mussolini del poder fueron perfectos. Si los generales italianos hubiesen mostrado en los combates la misma pericia que demostraron al concebir y ejecutar el golpe de Estado, Italia habría ganado la guerra.

Inmediatamente después del arresto del Duce, a las 5.30 de la tarde del 24 de julio, todos los teléfonos fueron desconectados, exceptuando los del mariscal Badoglio. Este hecho no pasó inadvertido. La alarma empezó a cundir.

A las 10.30 de la noche la radio hizo el primer anuncio. Comenzaron entonces las primeras manifestaciones populares. ¿Quiénes eran los manifestantes? Nadie lo sabe. No importa llamarlos por sus nombres, pues eran sencillamente una turba.

Vitoreaban al Rey y al mariscal Badoglio. Los fascistas fueron tomados de sorpresa y la red quedó tendida. Así la defensa era imposible. El carácter antifascista, en cambio, fué evidente desde el momento mismo en que se emitió el primer anuncio. Algunos fascistas se cambiaron rápidamente la careta. Y hasta muchos dejaron constancia de que todo el cambio se produjo en menos de media hora.

La redacción del primer comunicado fué hecha en forma tal, que contribuyó a aumentar la confusión. El hombre de la calle fué inducido a creer que se trataba meramente de una crisis constitucional, un cambio normal en la composición del Gobierno. La cortina de humo llenó su objetivo.

La masa del pueblo pensó que la paz sería proclamada de un momento a otro. Ansiaba la paz y se volvió contra Mussolini. De buenas a primeras resultó que Mussolini era el único italiano que había deseado la guerra y el único hombre empeñado en que la guerra continuara. Unos pocos abrigaban la ilusión de que el cambio significaba que la guerra continuaría y sería conducida más enérgicamente, tal vez por intermedio de un gobierno fascista, pero sin el Duce. ¿No era, acaso, fascista el gobierno de Badoglio? Esto podría servir de explicación a los mensajes telegráficos de apoyo que Badoglio empezó a recibir inmediatamente, y que procedían de las más altas figuras del fascismo. Pero si existía alguna duda en la noche del 25 de julio, ya no podía quedar ninguna en la mañana del 26.

Esa mañana la muchedumbre corrió por las calles, haciendo manifestaciones bajo la protección de los carabineros, ejecutores secundarios del golpe de Estado. Destruyeron la secretaría del Partido Fascista y los emblemas de los Littores, que eran el distintivo partidario. Asaltaron a los individuos, y con estúpido sadismo destrozaron todo aquello que les podía recordar la existencia de Mussolini. ¿Qué juicio se puede hacer de un pueblo que dió al mundo tal espectáculo de miseria?

Entre los que se apresuraron a enviar telegramas al mariscal Badoglio, hubo algunos que justificaban su conducta diciendo que los primeros comunicados no les habían dado una idea exacta de lo que acontecía. Si alguien hubiese reflexionado acerca de esos comunicados, habría tenido, por lo menos, alguna duda. En todo caso, hubiérase sospechado que era probable que el Duce estuviese detenido y que se preparaba el camino de la capitulación. ¿Es que para nadie resultaba extraño que al anuncio del cambio de gobierno no lo acompañase una sola palabra de agradecimiento por los largos años de servicio que había prestado Mussolini?

He ahí al hombre que durante 21 años había trabajado por su patria en la paz y en la guerra, y que recibió las más altas condecoraciones militares por su conquista de Etiopía. Ahora se lo separaba sin una sola palabra. Ni siquiera los criados son despedidos de ese modo. ¿Por qué no se le permitía a Mussolini ser custodiado por las tropas que él había comandado? ¿Se creería que Mussolini iba a desvanecerse en el aire como un fantasma?

Un rumor que tuvo su origen en los círculos monárquicos decía que Mussolini estaba en una de las villas particulares del Rey, de donde podría salir una vez que se calmasen los levantamientos populares. Se despejó, sin embargo, la confusión inicial. A partir de la mañana del 26 de julio, ningún fascista pudo dudar del carácter del régimen de Badoglio. Estaba destinado, lisa y llanamente, a destruir las ideas, las instituciones y los adelantos implantados por el fascismo en los últimos 20 años. La orden era hacer caso omiso de Mussolini, a quien se lo consideraba como a un muerto cuyo fallecimiento se temía anunciar.

Comenzó así el mes de agosto de 1943. Fué un mes infamante, un mes de traiciones y de capitulación. Atacábase todo lo que estaba relacionado con el fascismo y se insultó hasta a los muertos. Ejecutores de la política de Badoglio eran los oficiales y las tropas de los carabineros. Los mismos hombres a quienes Mussolini había elogiado y protegido tan a menudo, desempeñaban ahora sus nuevas tareas con maestría de torturadores. Resultó que no había un solo fascista que, por lo menos, no hubiese robado una barra de oro y toneladas de comida.

Se proclamó a agosto "el mes de la libertad". Esa libertad consistía en lanzar insultos al fascismo.

*(Continuarán)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI --X

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

A mediados de agosto de 1943, Victorio de Saboya, que ya se sentía intranquilo con respecto a su futuro, había desencadenado un aluvión, y al notar que éste comenzaba a tomar velocidad, pensó que podría refrenarlo. Pero ya era demasiado tarde. Sus acciones parecían subir con el intento de despojarse del Partido Fascista, en el cual encontró antes tantos defensores de su trono. Mas las cartas estaban echadas.

Aunque lo hubiese deseado, el mariscal Badoglio no había podido eliminar a los partidos que lo llevaron al poder y que lo tenían en sus manos. Necesitaba de ellos para llevar a cabo la gran hazaña militar de la capitulación.

El documento real del 16 de agosto (en el que se afirma que el Rey le dijo a Badoglio que sofrenase la depuración del Partido Fascista) constituyó un inútil esfuerzo por despojarse de responsabilidades y dejar la puerta abierta para que el Rey abandonara su posición, si así lo deseaba. Después de preguntarse uno si Victor Manuel de Saboya sintió la proximidad de personas tales como Palmiro Togliatti (dirigente comunista y miembro del gobierno italiano), era una triste ilusión suponer que el Gobierno podría oponer un dique a la marea creciente. Ese documento constituye el primer pedido de ayuda hecho por la dinastía de Saboya.

Desde un punto de vista puramente físico, la prisión no le imponía a Mussolini muchas penalidades. Esto provocó dudas en la mente de Mussolini, quien comenzó a preguntarse si esos favores no se parecían a las concesiones que se les hacen a aquellos que están a punto de enfrentar a sus verdugos. Los boletines de la guerra hacían evidente que esa guerra continuaba siéndolo sólo de nombre.

El 1o. de septiembre el Papa pronunció una alocución que Mussolini escuchó cuidadosamente. El llamado a la paz hecho por el Pontífice demostraba que esa alocución formaba parte de la preparación espiritual para la capitulación, ya decidida, y que se iba a producir de un momento a otro.

Las cosas continuaron como de costumbre en el hotel-prisión de los Apeninos, situado en el monte Gran Sasso. Mussolini sólo salía unas pocas horas al comenzar la tarde. No podía alejarse más de diez metros del edificio e iba siempre acompañado por oficiales y policías.

Una mañana se montaron ametralladoras cerca de la puerta principal. Algunos días después iniciáronse las maniobras en las alturas vecinas. Desde un punto de vista artístico, el Gran Sasso constituye un espectáculo fascinador. Es difícil olvidar que esa montaña gigantesca se eleva hasta casi 3000 metros en medio de la diáfana atmósfera de la Italia central. Su cima es una roca desnuda, y justamente debajo de ella y mirando hacia el sudeste, hay unas pendientes ideales para practicar todos los deportes de invierno.

Al comenzar el mes de septiembre, rebaños de ovejas llegaban para pastar en esas laderas, y se veía recortarse contra el azul del cielo las siluetas de los pastores, que venían montados en sus cabalgaduras. Casi se les podía confundir con apuestos caballeros de los tiempos idos.

Un día, uno de esos pastores se le aproximó a Mussolini y le dijo con voz que era como un susurro:

—Excelencia: los alemanes se hallan casi a las puertas de Roma. El Gobierno no tardará en huir, si es que no lo ha hecho ya. Nosotros, la gente del campo, aun seguimos siendo fascistas. Todos lo somos. Nuestros adversarios han podido hacer muy poco aquí y nuestras aldeas han seguido fieles a las secretarías del Partido. Su nombre, Duce, está en todos nuestros labios. Han corrido rumores de que usted había huído a España, que le habían matado, que había muerto bajo el bisturí de un cirujano de Roma y que le habían fusilado en el fuerte de Bocce. Cuando los alemanes sepan dónde se encuentra usted, vendrán a buscarlo y rescatarlo. Estoy bajando con los corderos. Les diré dónde se encuentra usted.

Se interrumpió de pronto.

—Viene la policía— dijo, y se marchó.

Al finalizar el mes de agosto, y durante tres semanas, se izaron banderas, como si se tratase de celebrar una victoria sobresaliente. Luego fueron retiradas y se realizaron grandes demostraciones "en honor de la reconquista de la libertad". Había que pensar en algo para distraer la atención del pueblo, apartándolo de los asuntos más importantes. Así fué como se recurrió a la difusión de escándalos. Se calificó a todos los fascistas de "ladrones y aprovechadores". Aparentemente, no existía un solo fascista honrado. El importe que, se alegaba, habían robado, fué calculado en 120.000 millones de liras. Se dijo que con la recuperación de ese importe el Estado podría cancelar su déficit. Se acusó a los fascistas de haber llenado sus bodegas con los víveres más exquisitos.

El discurso de Churchill del 22 de septiembre demuestra que ya se había acordado en Lisboa, durante el mes de agosto, la rendición incondicional, formando parte de la misma la entrega de Mussolini a los aliados. El texto del discurso de Churchill se refiere extensamente a las cuidadosas precauciones tomadas por Badoglio, con el fin de evitar que el Duce se fugase. En las declaraciones de Churchill se demuestra que Badoglio adoptó las medidas más rigurosas para desbaratar el rescate de Mussolini.

Decidida la entrega del Duce a Gran Bretaña, era necesario abrir las compuertas del remanso de escándalos para distraer así al pueblo italiano. Existe un viejo refrán que dice: "Si se arroja bastante lodo, algo se adherirá". Sin duda alguna, ese era el caso. Mucho de ese lodo se adhirió, no obstante el hecho de que no había un solo hombre en toda Italia que pudiese arrojar la primera piedra contra Mussolini. La campaña consiguió un éxito rotundo.

A fines de agosto ya se notaba en el aire la atmósfera de capitulación. El gran crimen que los siglos futuros achacarán al honor italiano estaba a punto de realizarse. Uno de los indicios más certeros de esa traición era la insistencia de Badoglio respecto al regreso de las unidades italianas que se hallaban fuera del país.

Es cierto que Badoglio tuvo la impertinencia de dirigirse telegráficamente a Hitler. "Fuehrer —le decía—: el Consejo de Ministros que presido prestó juramento al Rey. De acuerdo con el texto de mi proclama al pueblo italiano, que fué comunicada oficialmente a su embajador, la guerra continúa con el espíritu de nuestra alianza. Confirmo esta declaración y le ruego que dispense una acogida favorable al general Marras, a quien envío al cuartel general con una misión especial. Aprovecho esta oportunidad, Fuehrer, para dirigirle mis saludos más afectuosos. Badoglio."

Alemania se hallaba cada vez más segura de las intenciones deshonestas del mariscal Badoglio, pues llegaba a Berlín gran número de mensajes estableciendo que las tropas italianas se retiraban en Francia, Croacia y el frente ruso.

*(Continuarán)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

LA NACION 28 julio 1945.

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI -- XI

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

La huída de Mussolini se presenta como una de las proezas más atrevidas realizadas hasta la fecha.

Nunca tuvo el Duce ni las más leves esperanzas de que los italianos, incluso los fascistas, lo liberasen. Aunque hubo, al menos, grupos de fascistas de valor que trazaron planes para devolverle la libertad, esos planes no se llevaron a cabo.

Desde el principio, Mussolini contó con Hitler. Inmediatamente después del golpe de Estado que causó la caída del Duce, el embajador alemán Mackensen, siguiendo órdenes de su gobierno, pidió al Rey permiso para ver a Mussolini. Su petición fué rechazada con la siguiente nota:

"El Rey informó al mariscal Badoglio sobre los deseos del Fuehrer. Confirmándole que Su Excelencia Mussolini se halla en perfecto estado de salud y se encuentra a gusto con el trato que se le da, el mariscal Badoglio siente mucho no poder satisfacer la petición. Esta decisión se ha adoptado en el propio interés de Mussolini. El mariscal Badoglio está dispuesto a hacerle llegar cualquier carta que S. E. quiera dirigirle y asegura a S. E. que cualquier contestación le será entregada".

En vista de que el gobierno de Roma aseguraba ser aliado de Alemania, Berlín no podía tomar medida alguna que pudiera provocar una ruptura de las relaciones italo-germanas.

Sólo una persona se acordó del Duce: Goering. Este telegrafió a Roma y un oficial del Duce, que lo admiraba, llevó su mensaje a Ponza. Decía el mensaje:

"Duce: mi esposa y yo le enviamos en este día nuestros más fervientes deseos. Las circunstancias me han impedido ir a Roma, donde pensaba ofrecerle un busto de Federico el Grande, y a la vez mis sentimientos de amistad fraternal. Su obra como hombre de Estado perdurará en la historia. Nuestras dos grandes naciones están destinadas a seguir su marcha hacia la meta común. Mi pensamiento está constantemente con usted y confirmo una vez más que soy suyo con fe y lealtad inquebrantables. (fdo.) Herman Goering".

Mientras se hallaba encarcelado en Magdalena, Mussolini notó signos de actividad alemana. El plan era mandar para rescatarlo, un submarino alemán con bandera británica. Pero su traslado al Gran Sasso frustró aquel plan. El 11 de septiembre, tres días después de la rendición de Italia, la atmósfera en el Gran Sasso era pesada. Todo lo que se sabía era que el gobierno italiano y el Rey habían huído de Roma durante la noche.

En una carta dirigida al jefe de su guarnición, teniente Faiola, escribió Mussolini: "Los ingleses nunca me capturarán vivo".

Todos los objetos de metal que había en la habitación fueron retirados por orden del mismo teniente, quien declaró que "nunca entregaría un italiano a los ingleses".

Una densa neblina cubría los picos del Gran Sasso en la madrugada del domingo 12 de septiembre. Hacia el mediodía el cielo se despejó, y exactamente a las 2 de la tarde, Mussolini vió frente a su ventana a un planeador que parecía venir del infinito.

El aparato tocó tierra a unos metros del edificio y de su interior salieron cinco hombres que emplazaron ametralladoras alrededor de la construcción. Momentos después aparecieron en el espacio otros deslizadores.

Mussolini no pensó, ni por un momento, que pudieran ser ingleses. No les hubiera sido necesario recurrir a maniobras tan complicadas para trasladarlo a Salerno. Sin embargo, se dió la alarma y empuñando inmediatamente las armas, los carabineros se precipitaron al patio. El teniente Faiola irrumpió en la habitación del Duce, gritando:

—¡Cierre la ventana y no se mueva!

Desde la ventana, Mussolini pudo observar que un grupo numeroso de alemanes avanzaba resueltamente en dirección a la prisión. Al ver al capitán Skorzeny y al general Soleti, del cuerpo de la policía metropolitana, Mussolini gritó a los carabineros, que al oírlo, bajaron sus fusiles mientras Skorzeny y ssu hombres avanzaban en formación militar hacia el Duce.

Con voz emocionada, Skorzeny explicó:

—Esta misión nos ha sido confiada por el propio Fuehrer. Durante varios meses he estado ideando como podría libertarlo a Vd. Cábeme hoy la alegría de haber cumplido con éxito la misión que el Fuehrer me encomendó.

El Duce respondió:

—Desde el comienzo de mi cautiverio he tenido fe en la amistad del Fuehrer. Doy las gracias al Fuehrer y a usted, capitán Skorzeny, y a todos los compañeros que han sabido ejecutar con éxito esta arriesgada hazaña, conjuntamente con usted.

Mientras se hacían las valijas de Mussolini, los carabineros fraternizaron con los alemanes. No había transcurrido una hora y todos estaban dispuestos a marcharse.

En un pequeño avión tipo "Cicogna" esperaba a Mussolini un joven aviador germano, el capitán Gerlach. Antes de subir al aparato, el Duce volvió la vista hacia los que habían sido sus guardias. Todos se habían quedado estupefactos. Algunos, impresionados, tenían lágrimas en los ojos. El despegue fué muy rápido, ya que más allá de la estrecha meseta se abría un enorme precipicio.

Mussolini y Skorzeny, volando con el capitán Gerlach, llegaron en algunos minutos a Quira y allí trasbordaron a un aparato trimotor de gran tamaño.

A última hora de la noche Mussolini llegó a Viena y fué hospedado inmediatamente en el Hotel Continental. Al día siguiente viajaba a Munich, donde el Fuehrer lo recibiría como si se hubiera tratado de un hermano.

*(Continuarán el martes)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

LA NACION — Martes 31 de julio de 1945

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI - XII

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

La liberación de Mussolini creó un ambiente de gran entusiasmo entre los alemanes. Desde todos los rincones del Reich alemán le enviaron al Duce centenares de cartas, telegramas y hasta versos. Cuando el Duce habló por radio, la noticia de que había logrado salir de Italia causó en ese país una sorpresa desagradable.

Se estaba en los días de la mayor degradación en Italia, en los que el caos y el saqueo imperaban en todo el país. Se puso en circulación el rumor de que el discurso que fué transmitido por la radio no había sido pronunciado por Mussolini. Ese rumor era una clara indicación de que los italianos, en general, se hallaban dominados por una gran confusión. Ese rumor nunca murió por completo.

Conviene examinar la psicología del pueblo italiano. Muchas personas creían que Mussolini era demasiado recio para morir. Había estado al borde de la muerte, y, sin embargo, logró sobrepasar ese borde en más de una oportunidad. Debió haber muerto ya en el hospital de Rocchi, en 1917, cuando llegó hasta él, malherido, y casi hubo que amputarle una pierna. Pero sobrevivió, en cambio, caminando con ambas piernas y con paso firme.

En 1920 Mussolini también sobrevivió a un accidente de automóvil, que revistió suma gravedad. Al cruzar un paso a nivel, el automóvil en que él viajaba se estrelló contra la barrera. Esa barrera quedó destrozada, pero no así el cráneo del Duce. Esa coraza de hueso lo salvó. En otra oportunidad, la misma coraza blindada salvó a Mussolini cuando el avión en que viajaba se precipitó a tierra desde 50 metros de altura.

Otra vez cayó un rayo sobre el avión en que iba el Duce, estando a 5000 metros de altura. Ese accidente aconteció en Salerno en el año 1935.

Mussolini participó también en varios duelos, mas, a decir verdad, ninguno de ellos fué muy serio. Todos tuvieron, más o menos, la naturaleza de una broma. Pero, por otro lado, no fueron tan divertidos los atentados para asesinarlo. Se produjeron en los años 1925 y 1926, y en ellos se emplearon bombas y armas de fuego, en manos de hombres y mujeres, ingleses e italianos. Asimismo sufrió varios otros atentados que también fracasaron.

Durante los últimos años el estado físico de Mussolini había dado motivo a muchos comentarios. Se recordará que en 1925 se descubrió que sufría de una úlcera intestinal. Pero Mussolini logró vencer ese mal. Probó, tal como lo hizo en todo el resto de su vida, que era demasiado recio para morir. También fué un hombre muy difícil de matar políticamente. Se recordará que tuvo varias reencarnaciones políticas. En 1914 los socialistas lo expulsaron del partido, pero pocos meses después, el propio Partido Socialista italiano había dejado de existir. En 1919 tuvo el honor de presentarse a la lucha electoral, junto con Arturo Toscanini, quien, por consiguiente, es uno de los primeros fascistas que hubo en Italia(*).

En esa elección, Mussolini sólo tuvo 4000 votos, siendo derrotado por los comunistas. Los rojos organizaron un "funeral de Mussolini" y pusieron un ataúd frente a la puerta de su casa. Pero de ese ataúd salió el Mussolini del año 1922, es decir, el año en que subió al poder.

Aquel atentado del año 1943, destinado a matar a Mussolini política y físicamente, se parece mucho al que sufrió en 1919. Pero Aquel que tiene en sus manos el destino de todos los hombres dispuso las cosas de otra manera. Y es así como el Mussolini de ayer y el Mussolini de hoy están otra vez firmes y dedicados a su trabajo de siempre. Su despacho ya no se encuentra en el Palazzo Venezia, pero Mussolini le agradece a Dios su salvación. En esta forma, no tuvo que soportar la farsa de un ruidoso proceso que quizá se hubiera realizado en el Madison Square Garden de Nueva York. Eso habría sido, o, mejor dicho, pudo haber sido peor y mucho más aburrido que ser ahorcado una mañana obscura y muy nebulosa en la Torre de Londres. Gracias a los dioses, Mussolini sobrevivió también al quinto y terrible acto del drama de su patria.

(*) La verdad es que el maestro Arturo Toscanini es uno de los primeros y más enconados enemigos del fascismo. Se negó a dirigir orquestas en Alemania o en Austria, durante el régimen de Hitler, y aunque amaba mucho a Italia, salió finalmente de su país al ser insultado por los fascistas, una noche en que se negó a hacer que su orquesta tocase "Giovinezza".

*(Continuarán)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Fuente 642

2 de agosto de 1945

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI-XIV

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella lo creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes para referirse, simplemente, a Mussolini.*

Al considerar el conflicto entre Mussolini y el rey Víctor Manuel, es importante recordar los factores que dieron nacimiento al fascismo.

El republicanismo estaba muerto. El único fin del fascismo era llevar a la nación hacia el socialismo, pero no en su forma degenerada de bolchevikismo.

En la reunión celebrada en el Grand Hotel de Roma en 1923, en la que se instituyeron el Gran Consejo y la Milicia Fascista, se preconiza el sistema que podríamos llamar "diarquía", esto es, el gobierno por dos hombres, el régimen doble.

Mussolini, que tiene algo de humorista, describió en una ocasión al sistema como una vida matrimonial con camas separadas. A través de los años se produjeron muchos conflictos entre el Rey y Mussolini sobre sus respectivas posiciones.

El primer encuentro serio ocurrió en enero de 1925, cuando todos los partidos, con excepción del fascismo, fueron suprimidos. El Rey estimó que la monarquía no sería en lo sucesivo un régimen constitucional parlamentario, porque ya no le quedaba alternativa alguna entre los partidos políticos para escoger de entre ellos los integrantes de un gabinete.

Después de todo, las crisis ministeriales —junto con las inundaciones, terremotos y otras calamidades nacionales— habían sido las únicas ocasiones que permitían a los italianos recordar que tenían un rey que hacía algo más que coleccionar monedas antiguas.

A veces las cosas tomaban un cariz grave. En otras ocasiones eran simples sandeces. Mussolini había estado en Alemania en 1937. Se le había tributado una magnífica recepción, tanto en Munich como en Berlín. Millones de berlineses se habían congregado en el Maifeld para escucharlo. Aquella visita emocionó al mundo entero.

En mayo de 1937 el Fuehrer vino a Roma. Era obvio que había venido a visitar al Duce. Cuando el tren alemán penetró en la estación especialmente construída para esta visita, fué recibido por el Duce, y con el Duce estaba el Rey.

El Fuehrer subió a la carroza real junto con el Rey y fueron al palacio del Quirinal. El Duce había regresado a su oficina por otra ruta. El Fuehrer pareció molestarse. Hitler odiaba al Quirinal. Lo encontró incómodo, porque muchos pequeños detalles no habían sido contemplados.

En las ceremonias en que el Rey estaba presente, el Duce se mantenía siempre en segundo plano, para dejar lugar a los lacayos que acompañaban siempre al Rey.

Esto pudo notarse especialmente en la Plaza de Siena cuando desfiló la caballería de los carabineros. En esa ocasión el Fuehrer se volvió hacia el Duce y le hizo señas para que se adelantara y se sentara a su lado. Cuando terminó la visita uno de los acompañantes del Fuehrer dijo que en Roma habían estado "en la atmósfera auténtica de las catacumbas".

Al llegar el Fuehrer a Florencia su estado de ánimo cambió. La llamó "la ciudad de mis sueños", y quiso prolongar su visita.

En el año 1943 el Rey se vengó de esos imaginarios insultos. Los fascistas habían caído en los campos de batalla por decenas de millares. Más de un millón de fascistas estaba sirviendo en las filas del ejército, desde Francia a la isla de Rodas, desde Córcega hasta Grecia. Otros dos enemigos se unieron a la monarquía: los masones y el Vaticano. Los masones establecieron contacto con los anglosajones, por la vía de Lisboa. El Vaticano inició una serie de sermones de un tono muy pacifista. La influencia que ejercieron sobre la opinión pública italiana fué muy perturbadora. Además, los antiguos partidos antifascistas volvieron súbitamente a levantar cabeza.

Cuando el desembarco aliado en Sicilia, deshizo nuestras esperanzas de éxito militar, se precipitó la división interna en Italia. El fascismo estaba agotado por el esfuerzo de guerra. La otra rama de la diarquía había conservado su pólvora seca y sus energías almacenadas. Había mantenido en reserva las fuerzas que, por tradición, se colocarían a su lado, y vió su oportunidad.

Era el momento de atacar. Mussolini fué arrojado, sin la menor consideración por sus años de servicio. Como el Rey lo declaró después en Bari, estaba determinado "a acabar con el fascismo", sucediera lo que sucediese a su país.

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

LA NACION, AGOSTO 3 de 1945.

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

LA NACION — Viernes 3 de agosto de 1945

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI--XV

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes, para referirse, simplemente, a Mussolini.*

La primera advertencia contra el mariscal Badoglio se produjo en 1925, al considerarse quién debía ser nombrado jefe del Estado Mayor. Cuando regresó de Río de Janeiro, donde era embajador, el mariscal Badoglio parecía ser muy sincero en su aprobación del régimen fascista. Por lo demás, no se cansaba de repetir

—Adonde quiera que me manden, voy. Badoglio siempre obedece órdenes.

En una carta a Mussolini, escrita por el ex diputado Rottigliano, se le advirtió al Duce que Badoglio "era un hombre de una ambición sin límites. Si estuviese al frente de un ejército, estoy convencido de que usaría su posición para tratar de apoderarse de las riendas del Gobierno".

Cuando Tito Zaniboni, ex diputado socialista, trató de matar a Mussolini, el mariscal Badoglio envió al Duce una cálida nota, calificando a esa tentativa de asesinato como "acto odioso". Por eso le parece a uno extraño que 20 años más tarde, Zaniboni fuese incluído en el primer gabinete que en Bari formó el mariscal Badoglio. Pero Badoglio fué nombrado jefe del Estado Mayor. En 1935 se hizo evidente que Italia debía obtener una porción más amplia de territorio africano. Casi medio millón de hombres participó en la guerra de Etiopía, y llegó a ella a pesar de los ingleses.

En el mes de septiembre de 1935, cuando la escuadra británica apareció en el Mediterráneo, Badoglio salió de su acostumbrada compostura, y pensó que Italia había perdido la partida. Pidió un gesto que lograse evitar un conflicto con Gran Bretaña. Pero Badoglio no hizo objeciones cuando se le pidió que fuese a Africa.

Hasta 1938 y 1939, las relaciones con el mariscal Badoglio fueron cordiales, por lo menos en apariencia.

La guerra contra Francia fué acogida con entusiasmo aparente por el mariscal Badoglio, pero, en realidad, éste hizo cuanto pudo por evitarla. Según una historia muy bien condimentada, Badoglio se opuso a la campaña de Grecia. Pero, en realidad, el mariscal Badoglio era partidario de la guerra con Grecia, y quería la completa ocupación del territorio griego.

El 15 de octubre de 1940, Mussolini convocó a una reunión en el Palacio Venecia. Se estudiaron los antecedentes de la situación en Albania y en Grecia, y se hizo un cálculo del número de hombres que harían falta para derrotar a los griegos, y también sobre las posibilidades de que los ayudaran los ingleses.

En ese entonces habló Badoglio.

—Estoy de acuerdo con usted, Duce —dijo—, y creo que hay pocas probabilidades de que los ingleses desembarquen tropas. Los ingleses están mucho más preocupados por Egipto que por Grecia. Estudiando la situación griega, considero que no debemos detenernos una vez ocupado el Epiro. No es exageración decir que debemos ocupar también a Creta, si es que nos proponemos dominar a Grecia. Una vez que tengamos seguro nuestro flanco izquierdo, hallaremos poca dificultad para hacer frente al adversario. Tenemos la fuerza aérea".

Aquí el Duce le interrumpió:

—Debemos utilizar por lo menos 400 aviones, porque quizás también tengamos que hacer frente a la ayuda británica.

Pero Badoglio insistió:

—Opino que debemos ocupar toda Grecia, si se quiere que la acción tenga resultados beneficiosos.

Fué entonces cuando el mariscal recomendó una marcha directa sobre Atenas, y prometió que el Estado Mayor del ejército prepararía los detalles.

La guerra en Grecia no resultó el éxito arrollador que algunos proclamaron; pero queda el hecho de que para fines de diciembre los griegos ya habían perdido la iniciativa. Aun sin el auxilio alemán, la batalla que estábamos preparando hubiera sido indudablemente victoriosa, y habría obligado a Grecia a rendirse. El propio Fuehrer reconoció esto lealmente.

En 1940, el mariscal Badoglio envió al Duce su más ferviente saludo con motivo del aniversario de la fundación del Partido Fascista.

Esto no es más que un rápido resumen de la carrera del mariscal, pero lo sitúa en el lugar que le corresponde, y demuestra que su traición fué incesante, al igual que su doble juego, durante los veinte años del fascismo.

Después que comenzó la campaña griega fué destituído de su puesto de jefe del Estado Mayor. Entonces rompió con el fascismo y comenzó a planear su venganza.

*(Concluirán mañana)*

(Derechos totalmente reservados por el International News Service.)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

# ARTICULOS DE BENITO MUSSOLINI-XVI

*(Conclusión)*

Mussolini jamás tuvo amigos en su vida. No sé si eso le perjudicó o le favoreció. Por ejemplo, ¿quién hubiera dudado de la sinceridad o de la fe de Dino Grandi en el fascismo? ¿Quién podía esperar una traición de un hombre que había sido subsecretario del Interior, subsecretario de Relaciones Exteriores, luego ministro del mismo departamento, embajador de Italia en Londres y ministro de Justicia, y que recibió el título de Conde de Moriano gracias a los fascistas?

En el mes de marzo del año 1943, el conde Grandi se presentó en el Palacio Venecia y le pidió a Mussolini que le hablase al Rey para que le concediera el Collar de la Anunziata (*). Esa clase de conversación siempre fué para Mussolini en extremo fastidiosa. Se recuerda que el Duce había renunciado a dicha Orden de la Anunziata en una ocasión, y que sólo la aceptó cuando se le forzó a hacerlo así.

Cuando Mussolini fué a hablarle en favor de Grandi, el Rey no se mostró muy interesado, pero en una audiencia posterior no hizo objeciones. Fué así como el 25 de marzo de 1943 el conde Dino Grandi recibió la Orden y con ella se convirtió en "primo del Rey".

Ese cambio, tan súbito, que experimentó el Rey en la cuestión, no dejó de causar extrañeza. ¿Qué había detrás de ese repentino cambio? Ni más ni menos que parte de la conspiración que más tarde se desarrolló. Pero el conde Grandi expresaba continuamente su orgullo de ser un fascista "ortodoxo", afirmando que era uno de los más leales partidarios de Mussolini.

*Se sabe que en sus años de político extremista, sobre todo, Benito Mussolini ejerció el periodismo de una manera permanente. No puede sorprender que algunos lustros después, cuando la declinación de su estrella le creó nuevas preocupaciones, sintiese la necesidad de escribir para justificarse frente a la catástrofe de Italia. Redactó así una serie de artículos con la intención de que apareciesen en el "Corriere della Sera", diario de Milán. La precipitación vertiginosa de los acontecimientos le impidió realizar tal propósito y, hace pocos días, al descubrirse en Roma unos archivos secretos, fueron encontrados esos artículos, a cuyo conjunto pertenece el que hoy reproducimos. Según se verá, el ex Duce no habla en primera, sino en tercera persona. Abandonó, pues, al escribir, el orgulloso "yo" de antes, para referirse, simplemente, a Mussolini.*

Fué precisamente Mussolini quien lo elevó de su puesto de insignificante periodista a los cargos más altos que existían dentro de la Nación. Grandi prestó servicios en el Ministerio del Exterior durante muchos años, pero finalmente tuvo que ser substituído. ¿Por qué? Porque su labor en Ginebra lo había convertido en un decidido partidario de la Liga de las Naciones.

Indudablemente, Grandi se hizo allí de un nombre, pero se consideraba que tenía inclinaciones democráticas. Dentro de la política exterior fascista era un conservador. Puede ser que el rencor naciera en él cuando se le envió a Londres como embajador, pero jamás hizo reserva alguna, ni en sus escritos ni en su correspondencia particular, respecto al fascismo. Constantemente lo glorificaba.

Cuando el "paso de ganso", conocido como "paso romano", se introdujo en el ejército, Grandi dijo que le entusiasmaba y se refirió al mismo como a "algo superior y formidable". Sin embargo, durante los últimos días del fascismo fué quien arrojó piedras contra Aquiles Starace, secretario del partido, que implantó esa y otras innovaciones.

En la última reunión del Gran Consejo, Dino Grandi actuó en forma positivamente feroz contra Starace. A este respecto debemos recordar que en 1939 le había escrito a Mussolini diciéndole: "En materia de deportes y educación física, Starace está haciendo maravillas". En otra ocasión, al regresar a Inglaterra, Grandi dijo: "Iré por la vía de Alemania para evitar el pasar por Francia. Jamás he permanecido una noche en París, pues es una ciudad que aborrezco".

Más tarde Grandi elogió la invasión de Albania y al comenzar la guerra actual le dió su aprobación más entusiasta. Después que regresó la última vez de Londres, donde disfrutaba de alta reputación en ciertos círculos, Grandi fué nombrado ministro de Justicia. Dió los toques finales a la publicación de los Códigos Reformados, a los que insistió en llamar "Código Mussoliniano".

Mussolini fué advertido con respecto a Grandi, pero ¿quién iba a sospechar de él? El caso de Grandi no es, sin embargo, único. Hay varios más y todos son iguales. La historia prueba que en las más grandes crisis los jefes traicionan, mientras los insignificantes permanecen leales. Los grandes se inclinan al cálculo y la astucia, mientras las almas sencillas obedecen los dictados del corazón y de sus instintos más elementales.

Cuando los oportunistas parecieron entrar en crisis y las cartas de Grandi mostraron que éste había experimentado un cambio profundo, Mussolini tuvo derecho a sentirse escéptico. Preso en Magdalena, Mussolini se preguntaba si debería haber tenido amigos, pero en su pensamiento no pudo llegar a una conclusión. Si tuvo razón o se equivocó, ya es demasiado tarde para decidirlo. La Biblia dice: "¡Ay del solitario!". Pero un filósofo del Renacimiento declaró: "Sé un solitario y te pertenecerás a ti mismo y a nadie más". Si hoy tuviera un amigo, yo podría y debería ser objeto de lástima. Alguien sufriría por mí. Como no tengo amigos, mis asuntos son cosa mía, y de nadie más.

(*) Como se sabe, el collar de la orden de la Anunziata es la condecoración italiana más alta, y quien la posee tiene derecho a considerarse primo del Rey.

(Derechos totalmente reservados por el International News Service).

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

REPUBLICA ARGENTINA

# Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

.....

Expediente..... Año.....

FORM. 64